

ALGUNAS CONSIDERACIONES TEORICAS SOBRE EL VIDEO EN LA EDUCACIÓN POPULAR: UN ENFOQUE COMUNICACIONAL

VIDEO Y EDUCACION POPULAR UN CAMPO COMUNICACIONAL A REDEFINIR

Si partimos de considerar que todo lo que comunica a la vez educa y que lo que comunica y educa, simultáneamente, organiza a los destinatarios de esos procesos en esquemas de relaciones sociales, antes que ajenos a los objetivos educativos consustanciales a ellos, podemos concluir que los individuos están inmersos en procesos de educación comunicación permanentes y que las formas organizacionales que estos promueven son en sí educativas.

De la búsqueda de una congruencia entre el qué y el cómo se comunica -retomada desde distintos puntos de vista a lo largo de la historia de la educación- se desprenden una serie de contradicciones que es preciso clarificar, cuando se trata de incorporar una tecnología como el video a las prácticas de la educación popular. En primer lugar se pone en tela de juicio el supuesto básico sobre el cual descansan las teorías lineales de la comunicación: la existencia de dos polos perfectamente acotados -uno emisor y otro receptor- enlazados por un canal a través del cual circulan mensajes codificados en uno de los extremos para ser decodificados en el otro y realimentar así el sistema.

En segundo término, al avanzar en el camino de las redefiniciones y búsquedas, surgen nuevos temas materia de reflexión y se manifiestan articulaciones antes encubiertas, a las que es necesario responder de manera innovadora en el terreno teórico práctico. Tales temas y articulaciones son los que quisiera someter a debate con este trabajo. 1

Me preocupa el hecho de que, tanto comunicadores como educadores nos manejamos con un bagaje de prácticas y categorías de análisis derivadas de dos modelos dominantes: de educación y de televisión, que poseen un alto poder enmascarador de las contradicciones de lo real y constituyen dos campos privilegiados de lucha por la hegemonía. Ya es por todos conocida la caracterización de esos dos modelos, efectuada desde el campo de la educación particularmente a partir de Paulo Freire y desde el de la comunicación, por la mayor parte de los estudios críticos sobre los medios masivos. Importa destacar que ambos mantienen un área compartida que podríamos calificar como "deseducadora", más allá de los contenidos transmitidos. Entre otros rasgos comunes ellos coinciden en: el rol de objeto asignado al receptor y de sujeto al emisor; el uso del principio de autoridad, asimilándola a la autoridad del saber o de la información-, el dominio sobre la tecnología y el lenguaje para la imposición de prácticas discursivas que tienden a sustituir la interacción humana en su sentido integral por lazos de dependencia entre el emisor y receptor; el estímulo al cambio individual para la adquisición de nuevos conceptos y prácticas, desvinculándolo de la situación que los receptores atraviesan y, consiguientemente, de sus posibilidades de transformación; la fetichización institucionalizada del saber y la información.

Estos dos grandes modelos dominantes establecen *modalidades discursivas* que desvinculan las demandas populares de los sujetos demandantes, las resemantizan y las devuelven bajo la forma de paradigmas de "saber científico", "información objetiva", "cultura universal", "progreso", "modernidad", etc. Así, a la par que se descalifica toda otra forma de procesamiento de informaciones y saberes, o de cultura, se interpone entre las necesidades humanas y su satisfacción, conforme a los intereses de los demandantes, la cuña de la necesidad de consumo de bienes y servicios según los intereses de los ofertantes.

Al incorporar el video al campo de la educación popular, estaremos adoptando una modalidad discursiva que, en tanto producto socio-histórico, expresa subyacentemente relaciones de poder. Entiendo por modalidad discursiva al sistema de interrelaciones históricamente instituido entre la tecnología, el lenguaje -en este caso audiovisual- y las estrategias y técnicas dirigidas a operativizarlos. Desde esta perspectiva, tecnología y lenguaje no pueden considerarse como elementos neutros, despojados de toda significación social.

Quienes trabajamos con el video en relación a los sectores populares de América Latina, hemos podido constatar que la tecnología y el lenguaje audiovisual que le es propio, son portadores de una carga semántica que se manifiesta en una serie de *habitus*, los cuales actúan a lo largo del proceso que va de la producción al uso de los mensajes. Adopto el término *habitus* en el mismo sentido que le da Bourdieu, para aludir a los sistemas de relaciones de sentido internalizados no conscientemente, que hacen coincidir las

necesidades de reproducción del poder hegemónico con las necesidades subjetivas de los individuos.' Al revelarse en esquemas de percepción, pensamiento y acción que aplicamos al conocimiento y experimentación de lo real, esas "estructuras estructuradas predispuestas a actuar como estructuras estructurantes" que conforman al *habitus* se constituyen en serios obstáculos para promover innovaciones. Existen, pues, una serie de *habitus* profesionales e institucionales que es preciso remover, en el plano teórico y en el práctico, a fin de que la inclusión del video en el campo de la educación popular adquiera una dimensión liberadora, en lugar de reforzadora de los paradigmas antes mencionados.

PROCESO COMUNICACIONAL. TECNOLOGIA Y LENGUAJE

Considerar a la tecnología del video y al lenguaje audiovisual como elementos neutros, o como meros apéndices de lo *que se dice* es un *habitus* teórico que tiene vastas implicaciones en la práctica. El mismo supone adjudicar a la comunicación un carácter de proceso lineal, a partir del cual, se pone énfasis, por un lado, en los contenidos y por el otro, en los códigos del lenguaje audiovisual que los plasman.

Ello supone que:

Lo dicho es *todo* lo que se dice.

El sujeto es el único que determina la producción significativa dentro de una especie de mercado de discursos donde cada quien es libre de decir o de interpretar, más allá de las leyes sociales que regulan el terreno de lo simbólico e imprimen en el habla sus contradicciones.

El nivel discursivo explícito -contenidos- sería el "portador" de la ideología y el implícito -códigos del lenguaje audiovisual- el vehículo estético, pudiendo funcionar uno independientemente del otro y ambos desvinculados de los modos y relaciones de producción-apropiación que rigen a toda práctica discursiva.

Tal esquema alude a una igualdad que equipararía las posiciones de emisor y receptor, recortando al proceso comunicacional de las condiciones extra

discursivas sociales, políticas, culturales, ideológicas- en que se produce. Cuestionar que la comunicación sea un proceso lineal, refuta el carácter neutro de la tecnología y el lenguaje, en la medida que lleva a conceptualizar que:

Lo explícitamente dicho es sólo una parte de toda práctica discursiva.

Sujetos y discursos se construyen en una relación dialéctica con las condiciones extra discursivas.

Las modalidades discursivas implican determinada forma de articulación con el poder que se materializan en las prácticas discursivas concretas y en el discurso, a través de las *Gramáticas de producción* y son susceptibles de identificarse mediante las *Gramáticas de reconocimiento*.³

De lo anterior se desprenden determinados *códigos de verosimilitud*, seleccionados entre otros posibles, que remiten las prácticas discursivas a lo extradiscursivo; las condiciones que no sólo posibilitan los discursos, sino que también los jerarquizan.

Los destinatarios podrán o no conferir *credibilidad* a los discursos, según las formas de uso que les impriman, a través de las gramáticas de reconocimiento. Aunque estas incluyen componentes subjetivos, se construyen a la luz de circunstancias históricas cambiantes, en relación a las cuales las prácticas discursivas sintetizan correlaciones de fuerzas conflictivas en torno a la lucha por la hegemonía.

Como corolario de lo expuesto surge que, lo *ideológico* como categoría más abarcadora que la de ideología es inherente a los procesos sociales de producción significativa y actúa de manera fundamental en los niveles de implicación discursiva. Por lo que, la modalidad discursiva articula lo ideológico -y las ideologías- con las prácticas discursivas concretas. Al mismo tiempo, ella designa los lugares que emisores y receptores ocupan en el entramado de relaciones sociales y define los criterios de efectividad a ser aplicados al proceso. Esto equivale a decir que una modalidad discursiva conlleva la adopción de determinados modos y relaciones de producción-apropiación, a partir de los cuales se procesan y seleccionan determinados códigos de verosimilitud. Tales modos y relaciones de producción-apropiación, al universalizarse como inherentes a un campo de producción significativa, se constituyen en condición de la existencia de este y de la modalidad discursiva que los institucionaliza. Por ello, la generalización de una

modalidad discursiva conlleva la generalización de una división del trabajo que actúa como garantía de su reproducción.

Asimismo, los códigos de verosimilitud del lenguaje audiovisual, hoy considerados universales constituyen una opción entre otras, efectuada desde una modalidad discursiva que, en virtud de su división del trabajo, los ha ido seleccionando, combinando y reformulando a lo largo de la historia por su efectividad para el logro de los objetivos perseguidos. Sostener que incorporar la tecnología del video al campo de la educación popular, implica una suma algebraica de factores, es un *habitus* teórico bastante cuestionable que se vincula a la concepción de la tecnología y el lenguaje como elementos neutros. Sabemos perfectamente que la incorporación de una tecnología a cualquier sistema de producción induce una redefinición global del mismo, en tanto, entre otros aspectos, repercute directamente sobre las relaciones sociales de producción. La educación popular no es una excepción, puesto que no basta con reemplazar unos emisores por otros de signo ideológico distinto, cambiar los contenidos de los mensajes, remozar el lenguaje o modificar los contenidos, sustituyendo los de información entretenimiento que han guiado de manera preponderante a la modalidad discursiva, por los educativos. Al menos, si se pretende que dichas prácticas sean verdaderamente liberadoras de las potencialidades del campo popular, de lo que se trata es de redefinir a la modalidad discursiva en su integralidad a partir de estrategias que apunten al cambio social. Un componente sustancial de esas estrategias es la adopción de una nueva división del trabajo donde los roles de emisores y receptores puedan intercambiarse, tal como sucede en el campo de las culturas populares. Será, entonces, a la luz de esa definición inicial -¿para qué?- que habrán de redefinirse los diversos componentes del sistema: envergadura y características de la tecnología, lenguajes y códigos de verosimilitud, prácticas discursivas y rol del profesional, organización de la comunidad en torno al proceso comunicacional y temas que éste abordará, etc.

Entramos así de lleno en el terreno de las decisiones políticas, en lo que creo es la única forma de poner el caballo delante del carro, puesto que es casi un lugar común afirmar que la tecnología sirvió a lo largo de la historia como arma política y que el carácter de ese arma se determinó a partir del proyecto político desde el cual se la implementó. La división del trabajo y, por ende, las relaciones sociales de producción que se instituyen en torno a su uso/posesión son los resortes claves para la reversión del sentido de su accionar.

En el contexto de la revolución científico-tecnológica que está teniendo lugar, soslayar que la ciencia y la tecnología conforman instrumentos de poder en el diseño de un escenario que nosotros, sociedades dependientes, no controlamos aunque nos involucren sus consecuencias sería pecar de ingenuos. Esos avances están redefiniendo las condiciones y el sentido de la existencia humana, a través de una reestructuración de la división internacional del trabajo fundada en procesos de concentración y centralización crecientes del poder económico, político, militar, cultural. Ellos determinan el sacrificio de vastos conglomerados humanos en aras del progreso de escasos centros mundiales. Al respecto afirma la socióloga Alcira Argumedo: *"La dimensión civilizadora que contienen las tecnologías de punta requiere de una explícita politización de las respuestas, que deben abarcar temas tales como la composición y forma de participación de los actores políticos y sociales que habrán de conducir ese proceso, la determinación de los modos alternativos de inserción laboral de las grandes mayorías, las formas de distribución de los beneficios que un aumento de la productividad global puede generar, las características de la gobernabilidad política frente a las nuevas realidades y una amplia gama de aspectos que hacen a proyectos abarcadores de lo social"*.

Las tecnologías electrónicas audiovisuales, entre ellas el video, son parte sustantiva de esa situación. De allí que esa "explícita politización de las respuestas" encaminada a tornarlas en un recurso apto para nuestro desarrollo integral requiere:

Entenderlas como arma política, donde el qué y el cómo se dice no pueden considerarse desapegadoamente del contexto de relaciones de poder del cual ellas surgen y a cuya reproducción apuntan, según una modalidad discursiva que las asimila a un proyecto histórico y a una división del trabajo en la práctica discursiva concreta, que se vinculan a los que la rigen a nivel internacional.

Incorporarlas desde el marco de referencia dado por un proyecto histórico cualitativamente distinto que, en sus rasgos globales, podríamos caracterizar como: democrático-participativo, que apunte a la justicia social con vocación popular, nacional y de integración latinoamericana.

Insertarlas en el contexto de recepción o destino, atendiendo a las necesidades históricas que es preciso responder. Ellas no se circunscriben únicamente a la adquisición de nuevos conocimientos y habilidades por parte de los sectores populares, sino de manera fundamental, a la apertura de procesos que signifiquen el estímulo a la creatividad, la participación y la expresión de las culturas populares dominadas, la habilitación de líneas de pensamiento-acción originales y autónomas, la organización solidaria de los sectores populares con miras a la superación de la actual crisis y a su constitución en sujetos históricos.

LA DELIMITACION DEL CAMPO DISCURSIVO; ¿UNA CUESTION METODOLOGICA?

Otro factor de importancia que es imprescindible tener en cuenta, ya que incide en la producción de los nuevos discursos, es el capital acumulado en el campo de producción significativa, dado por los discursos preexistentes y por el conocimiento de las normas y dispositivos que regulan los intercambios dentro del mismo.

Por la apropiación de ese patrimonio se da una lucha que vuelve a poner sobre el tapete la cuestión de la hegemonía y las relaciones de poder y que constituye, en última instancia, una disputa por la legitimidad del campo y de sus integrantes. Asimismo, ella nos coloca ante una serie de opciones teóricas, metodológicas y prácticas que señalan la presencia de un proceso de selección apropiación acumulación cultural orientado por concepciones de orden político-ideológico, cualesquiera sean los resultados a los que se arribe.

Existe un *habitus* profesional que tiende a considerar que los discursos preexistentes que nutren un campo comunicacional todavía incipiente como el que nos ocupa, son sólo los que provienen de los campos de la educación formal, la TV masiva y, en menor medida, el cine y la radio. De este modo habremos delimitado el campo discursivo guiados por un determinado criterio político-ideológico. Si procedemos a la inversa, es decir, seleccionando un dentro de cada campo involucrado aquellos discursos de ruptura en los que el patrimonio pedagógico ' artístico y cultural de América Latina expresa con singular riqueza la constante búsqueda de la utopía --siempre ligada al interrogante acerca de las identidades nacionales- el proceso estará orientado por criterios antagónicos a los anteriores. Así tenemos que nuestras posibles opciones transitan sobre dos ejes paralelos en cada uno de los cuales existe una continuidad histórica que es factible identificar; un discurso pedagógico de la Instrucción Pública dominante y un discurso pedagógico popular; un discurso comunicacional masivo también dominante⁷- y un discurso comunicacional alternativo, etc.

Ese patrimonio sintetiza las múltiples interinfluencias, contradicciones y penetraciones derivadas de la lucha por la hegemonía, conformando un itinerario que nos permite leer nuestra historia, a través de las prácticas discursivas y de las condiciones extradiscursivas que determinaron esos discursos. Esto implica atender, tanto a los productos concretos -discursos- cuanto a dichas prácticas y condiciones a fin de identificar caminos para romper los límites impuestos a las prácticas discursivas presentes.

De allí que, la delimitación del campo discursivo sea una cuestión sustantiva en la medida que establece no sólo lo ya dicho, sino también pone límites a lo que es posible decir. Y dado que los procesos de selección-incorporación-acumulación de componentes culturales siempre se efectúan desde una perspectiva político-ideológica determinada, ellos implican, a su vez, la puesta en marcha de otros procesos: de análisis crítico, resemantización, adaptación, neutralización, etc. que involucran a lo social al promover formas de experimentar e interpretar lo real y determinar cuáles temas e ideas son importantes, así como los que deben omitirse y pasar al olvido.

Antes de abordar el tema de las normas y dispositivos que regulan esos procesos dentro de cada campo cultural, quisiera explicar por qué romper los límites impuestos a las prácticas discursivas es, en mi opinión, de vital importancia.

En América Latina en general, y en la Argentina en particular, estamos atravesando una crisis global, estructural y profunda que comprende a todas las dimensiones de la existencia humana. Como parte de esa situación, asistimos a una inédita expansión de los *discursos de crisis* que, provenientes de los más variados campos del quehacer social, tienden a generalizar una filosofía de la resignación que llamo del "posibilismo" desmovilizadora y castradora de nuestras potencialidades. No obstante, sabemos que la superación cualitativa de la actual crisis exige movilizar y articular las mayores reservas y energías que poseen nuestros pueblos.

Desde una retórica neo-liberal se apela a términos tales como progreso, desarrollo, modernización, en procura de construir objetos abstractos a partir de la plurisignificación de esos términos enmascaradores de las contradicciones y antagonismos cada vez más agudos que aquejan a las sociedades dependientes y de una persistente exclusión de las mayorías populares nacionales. Para esta concepción, el progreso tiene destinatarios precisos e interdictos implícitos, en cuanto el desarrollo se mide en términos económicos meramente cuantitativos y la modernidad, destinada a áreas parciales de la actividad social según el paradigma productivo del capitalismo dependiente, sería el resultado de la acción modernizadora de ciertas cúpulas político-tecnocráticas. El iraní Majid Tehranian describe acertadamente este enfoque: 9

La modernización desde arriba, acompañada de una buena dosis de tiranía cognoscitiva, trata a los objetos que manipula (el hombre y la naturaleza) como cosas que hay que fundir en un molde nuevo, diferente, contra su voluntad y contra su sentido de la historia y del bienestar. Tal es la razón por la cual la primera tarea de modernización consiste tan a menudo en volver a escribir la historia, borrando de ella aquellos recuerdos que parecen obstaculizar sus propósitos".

Se trata, en síntesis, de una visión por completo eurocéntrica que comporta la adopción de un sistema de valores de vastas implicaciones culturales, cuyo rasgo esencial es el de consumir y legalizar la definitiva escisión entre ética y política.¹⁰ Por otra parte, los significados nuevos que adquieren los fenómenos derivados de la crisis para una izquierda desencantada de su realidad de pertenencia por la no adecuación de esta a sus marcos de referencia teóricos, ha contribuido a desestructurar el discurso de ese sector del espectro político latinoamericano. Salvo contadas excepciones, dicho discurso oscila entre un neo-positivismo que adhiere acríticamente a las consignas modernizantes, en nombre de un concepto de progreso "avalado" por la tradición racionalista del socialismo científico y una retórica clasista anclada en el pasado. Ambos discursos, son insospechadas coincidencias, no tienen mayor credibilidad en los sectores populares, impedidos de expresar su propia palabra en sociedades sometidas a violentos procesos de reestructuración -y polarización- social como producto de la desindustrialización inducida por dictaduras militares o gobiernos civiles neo-liberales. El crecimiento pavoroso de la marginalidad urbana, el cuentapropismo como forma encubierta de desempleo, la violencia que adquiere matices inusitados en algunos espacios de la región el individualismo descamado que impone la dura lucha por la sobrevivencia a los sectores medios, el escepticismo político como nueva forma de manifestar la ilegitimidad de los poderes dominantes, son los fenómenos interrelacionados por la crisis, ante los cuales las instituciones tradicionales del sistema carecen de respuestas. No es de extrañar, entonces, que entre aquellos dos discursos de esencia racional-iluminista, crezca un espacio donde proliferan los diversos discursos irracionales" -típicos de las épocas de crisis- que hallan posibilidades multiplicadoras a través de la acogida que les brindan los medios masivos de comunicación.

La crisis que embarga a aquellas instituciones pone de relieve el agotamiento de los paradigmas económicos, políticos, sociales, culturales que las animan y una lasitud que las torna ineptas para galvanizar las energías sociales en tomo a las metas estratégicas del desarrollo nacional integral. Sin embargo, en medio de este panorama desolador, que plantea múltiples exigencias, vemos emerger los brotes de nuevas, modalidades de pensamiento y de acción las cuales dan cuenta de una reagrupación de fuerzas, señalando la aparición de nuevos actores sociales. Este movimiento lento, aún desarticulado y contradictorio, las más de las veces subterráneo, no sólo evidencia la incapacidad de las instituciones tradicionales para canalizar las necesidades de las mayorías y responder a los complejos fenómenos sociales del mundo contemporáneo -como la problemática ecológica, de los derechos humanos, de la mujer, la juventud, la marginalidad urbana sino también explicita la vitalidad de las culturas populares nacionales que lo nutren. Luego de siglos de depredación, ellas son todavía capaces de absorber y procesar aspiraciones colectivas, de apoyar la memoria histórica y creatividad a la tarea de restituir los lazos de identificación y solidaridad primordiales a través de los cuales los individuos se constituyen en sujetos históricos.

Me refiero a las organizaciones sociales de base que, inicialmente nucleadas en torno a reivindicaciones puntuales y a formas de religiosidad popular, ponen en marcha procesos autogestivos de indudable repercusión cultural.

Esos nuevos actores sociales, sus prácticas y discursos, sus necesidades y propuestas no tienen cabida alguna en el espacio de la comunicación y la cultura dominantes, ante lo cual van creando sus propias formas de comunicación y regenerando un tejido político-cultural de indudable trascendencia. Para el modelo

de educación dominante ellos conforman una "demanda" que no podrá ser satisfecha en los términos tradicionales de "formación de recursos humanos" para incorporar al circuito de producción-consumo de diferentes bienes y servicios. El que, por otra parte, antes que señales de querer recibirlos, muestra claros signos de expulsión de los "excedentes".

Para el *habitus* institucional, ese espacio social popular y su cultura aparecen como un vacío a llenar con discursos provenientes de la cultura ilustrada y el saber científico, esgrimiendo el objetivo manifiesto de "elevar" el nivel de las masas con miras a la calificación de la mano de obra que requiere el paradigma de modernidad. En esa autoasignada misión civilizatoria, coinciden históricamente izquierdas y derechas, según sus respectivas perspectivas ideológicas, encubriendo así una de las más sutiles modalidades de descalificación de lo otro, ajeno o contradictorio en relación al corpus cultural que se pretende hegemónico. Al negar especificidad y derecho al habla a las culturas populares nacionales, se las trata de reducir a mero acervo folklórico, deslegitimándolas como prácticas culturales vivas, legalizando los procesos interrelacionados de expropiación y penetración de los cuales son objeto. En este campo de producción, socialmente significativo donde junto a elementos espúreos, existen saberes y prácticas de un elevado potencial liberador, la comunicación y la educación populares encuentran no solamente la posibilidad de efectuar aportes importantes - aportes, sino también la de enriquecer sus propias potencialidades teóricas, metodológicas y prácticas. Sobre la base de ese intercambio, que hace a una de las principales exigencias que plantea la actual coyuntura, tal es la preservación y dinamización de la diversidad cultural como factor insoslayable de un desarrollo integral, será factible construir la matriz del proyecto histórico alternativo. Este es el significado que, en mi concepto, tiene el término comunicación alternativa: la puesta en marcha de un modelo comunicacional y cultural superador del dominante, en el marco de un proyecto histórico de cambio social.

-La clave del desarrollo no es sólo técnica y económica, sino también cultural -apunta Paul-Henri Chombart de Lauwe- Esto significa que la imposición de modelos técnicos (y económicos) por parte de los países más avanzados de la civilización industrial, se opone a la diversidad de culturas. Ahora bien, la diversidad de culturas es fuente de libertad y de creación, tanto en el plano técnico como en los demás aspectos de la existencia (...) el desarrollo económico implica opciones que corresponden a las aspiraciones y a las necesidades, a los sistemas de representación y de valores de cada cultura (...). Los especialistas aún tienen mucho que aprender de aquellos para quienes pretenden trabajar, pero ¿se lo permitirá su filosofía.

11

Generar la conciencia de la necesidad de fomentar en el terreno teórico -práctico, la diversidad cultural e implementar modelos comunicacionales alternativos, en el sentido arriba señalado, supone estar promoviendo ya un trascendente cambio. Todo ello lleva a considerar de manera particular los dispositivos y normas que regulan los intercambios culturales. Esto es, los procesos de generación, selección, incorporación, acumulación de componentes culturales, como parte sustantiva de las prácticas discursivas de la educación popular.

SISTEMAS CONSTRUCTIVOS CULTURALES Y DIVERSIDAD CULTURAL COMO FACTOR DE CAMBIO SOCIAL

La mayor parte de los estudios que han encarado el tema de la comunicación masiva -y en particular de la televisión desde el enfoque cultural inaugurado por la escuela de Frankfurt- abordaron a la llamada cultura de masas o para las masas, con un desprecio elitista hacia la modalidad discursiva, tal como se lo hiciera con respecto al cine a principios de siglo. A la "cultura de masas" se le adjudica así un carácter antagónico en relación a la denominada cultura ilustrada y una intencionalidad de mera degradación de las culturas populares nacionales. En América Latina son recientes los esfuerzos por tratar de dilucidar las interconexiones entre lo popular y lo masivo -cabe destacar aquí el aporte de Jesús Martín Barbero¹² y todavía no se vislumbran mayores elaboraciones que intenten verificar los nexos entre este último campo y el de la "cultura ilustrada". El bagaje teórico con que contamos en este terreno es fragmentario y resulta insuficiente para encarar la repercusión de los fenómenos derivados de la expansión de las nuevas tecnologías electrónicas audiovisuales, amén de responder en sus grandes líneas al pensamiento generado en los países centrales, cuya problemática comunicacional y cultural es otra. De ello se sigue una división del

universo cultural en compartimentos tales como: cultura ilustrada, cultura de masas y culturas populares cuando no se asimilan estas dos últimas categorías a una según un esquema vertical que impone una jerarquización implícita basada en la comparación, de carácter generalizador-abstracto, entre productos a partir de sus componentes semánticos. Se confunde de este modo la noción de cultura con la de manifestaciones artístico-culturales y se deja de atender al hecho de que las prácticas culturales son eminentemente prácticas políticas, sólo posibles de dimensionar si se las vincula dialécticamente a las condiciones de su producción social significativa.

Si siempre han sido vanos los intentos por encontrar productos o manifestaciones artístico-culturales en estado puro e incontaminado, mucho más lo son a partir de las mutaciones que impone la transnacionalización de la cultura de la mano de las nuevas tecnologías. Lo único factible de jerarquizar, entonces, más que los productos, son los nexos que vinculan a las distintas prácticas político-culturales en un momento histórico determinado. Aquellos, mantendrán entre al diferentes grados de oposición o interpenetración según la correlación de fuerzas imperante en el contexto de esos vínculos y su valor podrá determinarse en virtud de las experiencias sociales y proyectos históricos que definen un significado en función de las prácticas político-culturales impulsadas. Por consiguiente, cabe hacer una distinción entre Sistemas Constructivos Culturales (SCC)¹³ en lugar de hacerla entre productos culturales, ubicando a estos en el marco de la dialéctica dada por la lucha por la hegemonía entre un campo cultural dominante y otro dominado.

Conforme a este enfoque, distinguimos entre dos SCC -dominante y dominado- de los cuales se siguen prácticas y dispositivos reguladores de los procesos de generación, selección, incorporación, acumulación cultural, cualitativamente distintos. El primero comprende a los productos de las denominadas cultura ilustrada y cultura de masas y el segundo a los de las culturas populares nacionales, dominadas. Interesa, así, desentrañar las características de esas prácticas y dispositivos y las funciones ideológicas que ellos cumplen, atendiendo a las combinaciones entre dominación y hegemonía en un contexto de elevada heterogeneidad social que da por resultado un campo simbólico altamente fragmentado, como es el caso de América Latina. Esto implica que no todo lo dominante posee la facultad de hegemonizar, del mismo modo que ¿no se puede confundir la ideología del poder con el poder de la ideología?.

El concepto de ideología requiere ser ubicado en su doble significado, ya que como dimensión constitutiva de la cultura que se materializa en las prácticas discursivas no la podemos entender en el sentido marxista clásico, o sea en tanto mera representación ilusoria de la realidad.

Si bien resulta impensable cualquier tipo de representación desapegado de un orden estructural concreto, las clases dominantes y las dominadas llevan a cabo esa operación en determinado momento. Las primeras cuando pretenden hacer de su ideología una verdad universal, atemporal, absoluta e inmutable aplicable a todo espacio social-histórico. Las segundas cuando, como producto de su experiencia social de opresión y-de la práctica de resistencia a ella, llegan a formular una *utopía* a manera de construcción teórica o proyecto futuro que actúa como *ideal*, orientando las acciones de los individuos, clases y sectores, con el fin de superar las relaciones de dominación. Esta función utópica de lo ideológico no puede considerarse fantasmagoría o falsa conciencia ya que se estima como probable su realización en el marco de una praxis transformadora que demuestra su viabilidad o induce a reformular las propuestas, confiriendo sentido a las acciones humanas. En este último plano, la ideología es un componente dinamizador por excelencia de la cultura en su doble posibilidad de imaginar los perfiles de una sociedad ideal que es la negación de condiciones históricas concretas y de orientar las prácticas político-culturales hacia esa meta. Por ello es factible distinguir en lo ideológico dos funciones diferentes: una *justificatoria* -representación ilusoria- y otra *utópica*; la primera tiende a la reproducción, la segunda al cambio. El hecho de que en las prácticas discursivas puedan aparecer combinadas en diferentes grados y niveles, no impide reconocer la preeminencia de una o de otra. Más allá de los rasgos distintivos de los productos, la "cultura ilustrada" y la "cultura de masas", comparten -dentro de cierto margen de contradicciones- un SCC y una función de lo ideológico que apuntan: a la reproducción material y simbólica del poder hegemónico, a la neutralización de las formas de conocimiento y prácticas culturales que podrían significar la emergencia de corpus cultura-', les impugnadores de la dominación, a la cohesión social de las clases dominantes y al enmascaramiento de los antagonismos sociales, presentándolos como "diferencias" estético-culturales."

Los dispositivos de ese SCC dominante -en sus vertientes ilustrada y masiva- se rigen por el imperativo de dominación de lo otro, ajeno contradictorio al propio corpus. Su nula tolerancia a la diversidad de las manifestaciones culturales es también intolerancia a la existencia de pluralidad de mecanismos de procesamiento y canales de difusión cultural. Ella se manifiesta por la incorporación de componentes provenientes de diversos espacios geográficos y socio-culturales, pero de manera subordinada al corpus hegemónico; esto es, resemantizándolos y refuncionalizándolos para asimilarlos a la función ideológica de reproducción. Desde esta óptica, universalizar productos culturales significa simultáneamente, generalizar los dispositivos que rigen los procesos de generación, selección, incorporación, acumulación artístico-cultural, mediante la imposición de una división del trabajo propia del SCC dominante, como si se tratara de una exigencia técnica de cada campo de producción significativa. Este, más que los "contenidos" concretos de los productos es el rasgo depredador esencial de dicho SCC.

La trayectoria de la civilización occidental expresa ese ideal de hegemonía al instaurar criterios de universalidad que remiten a la categoría de dominación -de lo considerado "subalterno" por lo "superior", según una clasificación técnico-estética entre productos de carácter enmascarador- antes que la de Pluriculturalismo.

La vertiente masiva del SCC dominante, en su fobia a la diversidad, el cuestionamiento, la complejidad de lo real, su obsesión por imponer el *habitus* del consumo, codifica una voluntad límite de afirmación de esa trayectoria, en lugar de constituir su negación como a veces se pretende desde los enfoques "culturalistas". La vertiente ilustrada encubre esa misma fobia con la coartada de la estética, consagrando la diferenciación social como garantía de jerarquía artística.

Otra característica del SCC dominante es que la producción simbólica está en manos de especialistas, tanto en lo que hace a los productos concretos, cuanto a la priorización de determinados canales de circulación de los mismos para cada campo de producción y a la institucionalización de mecanismos de apreciación -función de los críticos y determinación de espacios de consumo. Con ello establece implícitamente dispositivos para la consagración y la interdicción y organiza a los espacios de recepción -claramente diferenciados de los de emisión y entre sí- según la división en clases de la sociedad, constituyéndolos en mercados donde la lucha por la apropiación-consumo adquiere rasgos alienantes, en tanto los productos se transforman en mercancías-fetiches.

El predominio del valor de cambio sobre el valor de uso, señala la escisión operada entre práctica social integral y práctica cultural; entre arte y vida. El SCC dominado, que rige a las culturas populares nacionales, funciona exactamente a la inversa y en ello reside el rasgo distintivo básico de dicho campo cultural.

Por tal motivo, tratar de definir la categoría de culturas populares lleva a identificar los dispositivos comunes a un SCC dominado, permitiendo un análisis que trasciende los límites impuestos por los productos concretos, en general altamente mixturados. Entonces, más que constatar el sincretismo que embarga a las manifestaciones de las culturas populares nacionales, importa poner de relieve las causas que lo originan y las funciones que el mismo cumple dentro del espacio social popular.

Es posible afirmar que, en términos generales, dicho SCC carece de la congruencia que da el ejercicio del poder para *jerarquizar* el universo cultural, ante el carácter polisignificante de las manifestaciones artístico-culturales, en la medida que las relaciones sociales jerarquizadoras no surgen naturalmente de su seno, sino que le son impuestas. Este rasgo distintivo ha hecho pensar a muchos estudiosos que este campo se rige por dispositivos de carácter científico, prelógicos o espontáneos, lo cual invalida la posibilidad de otras formas de conocimiento fuera de la racionalidad, tal como la entiende la cultura occidental.

Sin embargo, el hecho de que los sectores populares oprimidos incorporen a su corpus cultural componentes contradictorios puede interpretarse de manera muy diferente, a saber:

Los procesos que van de la generación y selección a la acumulación cultural, se orientan por un SCC que para la generalización de pautas actúa gestando bases de legitimidad a partir de formas participativas colectivas, donde el intercambio de roles entre emisores y receptores es la norma rectora. Práctica cultural y práctica social integral no están escindidas, del mismo modo que predomina el valor de uso sobre el valor de cambio.

Los componentes contradictorios incorporados cumplen, en la mayor parte de los casos, como nos lo demuestra la historia cultural de América Latina, una función ligada a la supervivencia de un patrimonio

avasallado que necesita recurrir a formas enmascaradoras para poder subsistir. *Culturas a la defensiva*" es el término que caracteriza acertadamente a esa situación.

La conservación del propio patrimonio cultural, aunque bajo formas "impuras" o sincréticas, ¿cumple una función resistencial y enriquecedora al margen de la voluntad conciente de sus actores, toda vez que sirve de valla a los procesos combinados de expropiación y penetración que se llevan a cabo desde la cultura dominante.

En ese peculiar funcionamiento del SCC del campo popular, no sólo subyace la única posibilidad de responder a necesidades que no son satisfechas por la cultura dominante, sino también y fundamentalmente, un dispositivo democratizador por excelencia de las relaciones culturales que posee valor intrínseco.

Esto equivale a decir que estamos ante un SCC que no actúa guiado por fines de dominación de lo *otro*, ajeno o contradictorio a su propio corpus, por lo que posee una elevada facultad de tolerancia a la diversidad de manifestaciones, indudablemente ligada a la pluralidad de mecanismos de procesamiento y difusión cultural. Hecho que supone la presencia de modalidades de *hacer, sentir y pensar* -es decir de cultura- de las que se han desterrado las prácticas opresoras.

En esa práctica político-cultural que va de la resistencia a la liberación, se forja la matriz de una nueva conciencia cultural indispensable para todo proyecto que apunte al cambio social y al establecimiento de una sociedad basada en los valores de participación, tolerancia, solidaridad, donde la praxis humana se conciba en términos integrales, y pueda restituirse la unidad entre arte y vida, ética y política. De allí que la incorporación de componentes de la cultura dominante que hacen los oprimidos exige ser vista de manera dialéctica. Desde esta perspectiva el campo de las culturas populares nacionales es aquel en el cual se procesan y constituyen, en un proceso permanente y dinámico, las identidades culturales nacionales. Ellas remiten a la memoria histórica de la lucha entre lo dominante y lo dominado -de la cual las culturas populares conforman el escenario privilegiado y a la gestación de un proyecto liberador del espacio popular nacional. Así, las prácticas y componentes político-culturales provenientes de diversos contextos socio-históricos, seleccionados en virtud de sus potencialidades liberadoras en lo político, cultural y social, que se incorporan de manera *apropiada* forman parte de las culturas populares nacionales de igual manera que los componentes *autónomos*.¹⁹

EL VIDEO EDUCATIVO POPULAR COMO NUEVO CAMPO COMUNICACIONAL A MODO DE CONCLUSIONES

A partir de lo expuesto es posible afirmar que la incorporación del video a las prácticas de la educación popular, implica la apertura de un nuevo campo comunicacional de insospechadas posibilidades. La multiplicación de experiencias en diversos países de América Latina muestra que el uso-del video en actividades de información, contrainformación, capacitación, expresión inaugura nuevas prácticas discursivas que a su vez señalan la emergencia de nuevos actores. No es de extrañar que sectores tradicionalmente marginados de las diversas áreas de la comunicación y la cultura dominantes, como mujeres y grupos étnicos, hayan accedido al empleo del video como herramienta para la expresión de sus demandas y la satisfacción de necesidades culturales largamente postergadas. Ello impulsa a reflexionar sobre los aspectos más relevantes de una estrategia que permita profundizar los procesos en curso.

Dentro de la misma podemos distinguir dos niveles complementarios, el de las estrategias y acciones referidas al medio y el de las dirigidas a otras áreas que pueden incidir de manera definitiva en el modo en que aquel se inscribe en la comunidad, a fin de no trasladar *habitus* profesionales e institucionales de carácter disruptivo.

En este último aspecto cabe subrayar que la inserción del video en el campo de las culturas populares nacionales implica su inclusión dentro de un SCC regido por normas y dispositivos cualitativamente distintos de los que guiaron el desarrollo de la modalidad discursiva en la mayor parte de su trayectoria. Esto lleva a considerar con especial atención la necesidad de realizar estudios previos sobre las características y el funcionamiento de esos dispositivos en cada contexto de recepción, los cuales deben acompañarse de análisis sobre otras formas de comunicación y modalidades discursivas previamente existentes. En general

el video es un medio que viene a agregarse a otras formas de comunicación preexistentes; oral, interpersonal, escrita, música, canto, teatro, etc. El conocimiento de ese patrimonio cultural y comunicacional aparece como tarea imprescindible a fin de que la nueva modalidad discursiva, lejos de convertirse en hegemónica, contribuya a impulsar las modalidades preexistentes y otras nuevas. Si aceptamos como válida la hipótesis de que la diversidad de contenidos culturales es indesligable de la existencia de pluralidad de modalidades de procesamiento y canales de difusión, contribuir al enriquecimiento del campo cultural popular significa estimular dicha pluralidad.

De otro lado tenemos que en plena civilización de la imagen nuestras poblaciones son analfabetas en términos audiovisuales y esto comprende no sólo a los sectores populares, sino también a otros, incluidos los docentes. Conocer el funcionamiento de las gramáticas de reconocimiento en relación a distintos tipos de mensajes, ayuda tanto a la formulación de los nuevos, como a detectar dispositivos básicos del SCC dominado. Esta tarea la percibo como indesligable de la actividad "alfabetizadora", la cual supone transferir los conocimientos técnicos, tecnológicos, y conceptuales que en el terreno teórico -práctico ayuden por igual a establecer mecanismos de lectura críticos de los mensajes deseducadores que circulan profusamente y a una apropiación de la modalidad discursiva por parte de los, hasta ahora, receptores de la misma. En el contexto de la revolución tecnológica que está teniendo lugar, propiciar estrategias semejantes constituye quizás la única manera de poder hacer frente a los procesos concentradores y centralizadores que desde ella se impulsan. Además la multiplicación de iniciativas descentralizadas y relativamente autónomas de comunicación -y la probable interconexión a futuro entre ellas, a nivel nacional, subregional y regional- se constituye en uno de los principales factores que, de manera indirecta, puede inducir cambios en el panorama de la comunicación dominante. De allí que, las inexistentes políticas *nacionales* de comunicación y cultura 20 que tanto necesitan nuestras sociedades, en lugar de esperarse como una generosa dádiva hecha "desde arriba", podrán comenzar a gestarse desde la articulación de esas iniciativas. En su carácter de grupos de presión demandantes de las mismas y de redes capaces de implementar políticas propias en la práctica, las organizaciones populares pueden llegar a tener un papel protagónico en este terreno vital de lucha por la hegemonía, hoy monopolizado por los sectores político-tecnocráticos que procuran la reproducción de su poder.

De lo anterior se seguirán, no como consecuencia fatal sino como producto de un proceso concientemente orientado, innovaciones en las gramáticas de producción y en la generación de códigos de verosimilitud, en cuanto a las estrategias y metodologías referidas al medio.

Si forjar credibilidad hacia sus discursos, con miras a gestar las bases de consenso con respecto a un proyecto histórico -de dominación- es una función sustantiva que cumple el modelo televisivo dominante, la creación de un modelo alternativo tiene que contemplar desde otra perspectiva esta cuestión. El establecimiento de modos de producción apropiación autogestivos, aparece así como exigencia ética -dar acceso al habla a quienes han sido privados del mismo-; político-ideológica -sentar bases más equitativas para la disputa por la hegemonía y dinamizar los procesos conducentes a establecer un nuevo proyecto histórico-; estratégica -asegurar la continuidad y el perfeccionamiento de los procesos de educación, organización y desarrollo integral que la comunicación articula- y metodológica -garantizar la congruencia entre el qué y el cómo se comunica, dando respuesta al problema que plantea la estrecha vinculación entre modos y relaciones de producción-apropiación y los diversos niveles de formulación discursiva-. De esta manera, la gestación, selección, acumulación de nuevos códigos de verosimilitud, hecha desde la perspectiva del SCC popular, según los dispositivos propios de este, pone en evidencia que el tema de la credibilidad es un problema de los emisores, cuando el proceso comunicacional se lleva a cabo desde fuera del campo socio-cultural al que se dirige. A la inversa, cuando emisores y receptores son partícipes de un proceso horizontalmente compartido, la elaboración de gramáticas de producción y gramáticas de reconocimiento, códigos de verosimilitud y mecanismos de credibilidad no son más que instancias interrelacionadas del mismo.

La recuperación de la memoria histórica y de las identidades culturales regionales y nacionales, se presenta como una tarea insoslayable de las prácticas de la educación popular entendida en su sentido integral, que puede encararse paralelamente a la de responder a necesidades perentorias detectadas, en materia de capacitación y enseñanza en aspectos puntuales.

A partir del uso del video en relación a las necesidades de los sectores populares de América Latina se está forjando un rico patrimonio de experiencias, prácticas y materiales cuya difusión en los grupos de base se hace imperiosa a los efectos de promover un verdadero intercambio de conocimientos. Nutrir a la enorme cantidad de grupos nucleados en torno a proyectos de comunicación popular que emplean diversos medios, con dichos materiales abriría un nuevo horizonte a la actividad de producción y, por supuesto, a la de difusión. Es cierto que para ello tropezamos con muchos problemas de tipo económico, pero también lo es que los niveles de organización e intercomunicación alcanzados hasta el momento dejan mucho que desear y las razones no son exclusivamente las carencias materiales.

No podemos desconocer la tendencia a impulsar procesos perversos dada por los *habitus* profesionales e institucionales que no han sido suficientemente analizados y explicitados a fin de superarlos. Entiendo que existen procesos perversos cuando prevalecen las tendencias competitivas por encima de las razones que plantea la exigencia de un trabajo solidario y mancomunado y sobre todo, cuando las necesidades de los sectores populares son respondidas desde la perspectiva de los intereses político-ideológicos y culturales de los especialistas, quienes se autoasignan la capacidad de decisión sobre qué y cómo se comunica.

Las interpretaciones mesiánicas de las demandas populares van siempre acompañadas de procesos de expropiación de la palabra y de imposición de pautas culturales, de conductas de sustitución y subrogación, muchas veces motivadas en urgencias por obtener resultados "mostrables" y otras por ignorancia de la dinámica que rige a las culturas populares.

Por tales motivos, redefinir el rol de los especialistas y, consiguientemente, los perfiles del profesional que el nuevo campo reclama son problemas que se vinculan a lo arriba expuesto. De igual manera creo que es un tema de reflexión la existencia de especialidades compartimentadas y sin mayores vinculaciones entre sí, heredada de la dinámica educativa de los sistemas formales.

La conformación de los equipos de trabajo y de las áreas que manejan -y por lo tanto de las que quedan vacantes- refleja esa compartimentación, amén de que la necesaria multidisciplinariedad pocas veces lleva a verificarse en la práctica de manera satisfactoria.

En este sentido estimo que docencia, investigación y producción de materiales audiovisuales son tres áreas que deben trabajar en estrecha vinculación, promoviendo procesos de mutuo enriquecimiento. Pero sucede que -de acuerdo a mi experiencia, siempre relativa- la investigación comunicacional marcha por un lado y la práctica por el otro; los productores menosprecian a los comunicólogos y viceversa. Los docentes, por su parte, no han recibido formación alguna en cuanto al manejo de medios y por lo tanto desconocen, salvo excepciones, las posibilidades de un uso creativo de los mismos.

El excesivo énfasis puesto en la tecnología y la orientación actual de las escuelas y facultades de ciencias de la comunicación, son elementos que obstaculizan los cambios, en el sentido apuntado.

Encontrar las vías que permitan compensar estas deficiencias en la práctica actual y plantear alternativas para superarlas en el mediano y largo plazo, se enmarcan dentro de una labor propositiva y de concientización que es paralela a las actividades concretas dentro del campo, en el entendimiento de que este es el terreno en el cual germinan los brotes de un nuevo modelo comunicacional, educativo y cultural. Los desafíos son tan grandes como las potencialidades a desarrollar, sin embargo son mayores los riesgos de no asumirlos, porque transitar este camino venciendo los obstáculos, significa -y aquí recuerdo a Freire- estar en y con el mundo, nuestro mundo. Es decir, nuestra específica historicidad, aportando a su reinterpretación en tanto pasado y presente y a su construcción en cuanto futuro.

Notas.

1. Término acuñado por Iván Illich, en el mismo sentido que da Marx al concepto fetichismo de la mercancía. Véase en *-Después de la escuela ¿qué?*, Ivan Illich y otros. Ed. Nueva Imagen. México, 1982.
2. Néstor García Canclini, *Desigualdad cultural y poder simbólico; la sociología de Pierre Bourdieu*; Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Mimeo, México, 1980,
3. Ambos conceptos obedecen a Mabel Piccini.

Véase en: *Sobre la producción discursiva, la comunicación y las ideologías*, Cuadernos del **TICOM**, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, México, 1983.

4. Concepto teórico debido a Eliseo Verón, en Mabel Piccini, op. cit.
5. Alcira Argumedo, *Un horizonte sin certezas; América Latina ante la revolución cien tífico-técnica*, Punto-sur Editores, Buenos Aires, Argentina, 1987.
6. "El concepto de desarrollo integral está fundamentado en una visión de la sociedad como un todo global en el cual las partes o sectores se articulan en una unidad compleja, cuya significación definitiva es producto de las mutuas influencias de todos esos sectores. Desde esta perspectiva teórica, la concepción de que sólo los procesos económicos serían responsables finales del empuje dado al desarrollo luce como un planteo aberrante".
García Pince Evangelina, *América Latina y el Caribe; comunicación y cultura como partes del desarrollo integral*, Revista *Culturas*, Vol, VI, No. 3, UNESCO, París, 1980.
7. Para el concepto de campo cultural véase:
Pierre Bourdieu, *Campo intelectual y proyecto creador*, en *Problemas del estructuralismo*, varios autores, Siglo XXI, México 1984. También en García Canclini, op. cit.
8. Adriana Puiggrós hace una caracterización del Discurso de la Instrucción Pública y su evolución a lo largo de la historia pedagógica de América latina, en: *La educación popular en América Latina; orígenes, polémicas y perspectivas*. Editorial Nueva Imagen, México, 1984.
9. Tehranian Majid, *Comunicación y desarrollo internacional, algunas consideraciones teóricas*, en Revista *Culturas*, volumen citado.
10. Los días de la comuna; filosofando a orillas del río, Horacio Gonzáles, compilador. Actas del Congreso Nacional de Filosofía y Ciencias Sociales realizado en la Comuna de Puerto Gral. San Martín del 5 al 8 de noviembre de 1986. Punto Sur Editores.
Véase intervención de Mario Casalla, Panel: "Los diversos sentidos de la modernidad en los procesos políticos y sociales".
11. Chombart de Lauwe Paul-Henri, Crisis económicas y culturas innovadoras, *Le monde diplomatique*, México, marzo de 1984.
12. Véase, Barbero Jesús Martín, De los medios a las mediaciones; comunicación, cultura y hegemonía, G. Gilj, Barcelona, España, 1987.
13. El concepto de Sistema Constructivo Cultural alude a los modos y relaciones sociales de producción apropiación -y consiguientemente, las normas y dispositivos que regulan los intercambios- que rigen dentro de un campo cultura]. Ellos involucran prácticas político-culturales y concepciones de lo cultura] que orientan los procesos de generación -selecciónincorporación - acumulación en una determinada direccionalidad; es decir, que comprenden también un nivel ideológico, en el sentido que da Verón a este concepto.
Velleggia Susana, ¿Qué onda con la televisión mexicana?; análisis preliminar de la programación televisiva del Distrito Federal. Universidad Nacional Autónoma de México, México 1983. (mimeo).
14. Piccini Mabel, op. cit.
15. Marx Carlos y Engels Federico, *La ideología alemana*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, Uruguay, 1978.
Althusser Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Siglo XXI, México, 1974.
El doble sentido del término ideología lo introduce Karl Mannheim en 1919, en su libro *Ideología y utopía*.
Véase: *Ideologie et utopie*, Marcel Riviere, París, Francia, 1956.
10. Citando a Bourdieu, señala García Canclini, "Este efecto ideológico es producido por la cultura dominante al disimular la función de división bajo la de comunicación. La cultura que une al comunicar es también la que separa al dar instrumentos de diferenciación a cada clase, la que legitima esas distinciones obligando a todas las culturas (o subculturas) a definirse por su distancia respecto de la dominante".
17. Véase Anibal Quijano, *Cultums y dominación*, en *Teorías de la dependencia*, Monte Avila Editores, Caracas, Venezuela, 1975.
18. Guillermo Bonfil Batalla distingue cuatro categorías culturales, según quien tiene la capacidad de decisión sobre los recursos culturales.

- 1) Cultura autónoma, donde los elementos y recursos culturales concretos están bajo control de un grupo (pueblo) y a partir de la cual se dan los procesos de resistencia, innovación y apropiación.
- 2) Cultura impuesta, cuando ni los elementos culturales, ni las decisiones para su incorporación están bajo control del pueblo considerado, Este sería el caso del colonialismo,
- 3) Cultura apropiada, es el caso en que el pueblo puede poner bajo su control (mediante procesos de resemantización y refuncionalización efectuados desde la perspectiva de la cultura autónoma) los elementos ajenos que incorpora.
- 4) Cultura enajenada. Esta es una cultura en la cual los recursos culturales forman parte del grupo, pero este ha sido privado de su capacidad de decidir sobre ellos.

Para el autor: "Cultura autónoma y cultura apropiada integran el campo de la cultura propia. Cultura impuesta y cultura, enajenada constituyen el ámbito de la cultura ajena. El punto crítico está en quien toma las decisiones sobre los recursos, es decir, quien ejerce el control cultural. Lo propio y lo ajeno son categorías históricas, dinámicas, cambiantes en su extensión y contenidos concretos, porque son la expresión de una correlación de fuerzas opuestas, de tendencias y procesos encontrados".

Políticas culturales en América Latina, varios autores, compilador Néstor García Canclini, Grijalbo, México 1987.

19. Ibidem.

20. Véase: Luis Ramiro Beltrán, Políticas nacionales de comunicación en América Latina, los primeros pasos, Revista Nueva Sociedad, No. 25, julio-agosto 1976, Ed. Comunicación de masas, Caracas, Venezuela,